

GUTIÉRREZ DE ALBA, JOSÉ MARÍA (1821 – 1897)

¡TIERRA!

Poesía que obtuvo el primer premio en el concurso convocado en Huelva por la sociedad Colombina, el 2 de Agosto de 1885.

Dedicatoria

Al sr. Dr. D. Rafael Núñez, presidente (por segunda vez) de los estados unidos de Colombia, inspirado poeta, pensador profundo y sabio estadista, en Bogotá.

Respetable amigo y señor:

La Sociedad Colombina Onubense, domiciliada en el afortunado lugar de donde partieron las tres renombradas carabelas, y sostenida con entusiasmo por los amantes de nuestras glorias, en el certamen literario y científico convocado para conmemorar en el presente año el aniversario 393 del descubrimiento del Nuevo Mundo, por acuerdo unánime del Jurado de calificación, ha tenido a bien adjudicar el primer premio de la sección literaria a mi humilde trabajo poético titulado ¡Tierra!

Esqueleto de un poema, en el que he procurado describir a grandes rasgos el triunfo sublime, las contrariedades y amarguras, y por último la apoteosis del mortal Colón, cuyo ilustre nombre ha adoptado y ostenta como uno de sus mejores timbres esa bella República, que considero y amo cual mi segunda patria.

Honrado yo en ella, por espacio de catorce años, con atenciones de imborrable y grato recuerdo; distinguido por sus hombres de letras con el preciado título de miembro honorario de la Academia Colombiana, hija legítima de la Española y poderoso vínculo de unión sostenido por la inteligencia; considerado como hermano y no como extranjero, durante mi larga permanencia en Colombia, donde fue mi labor constante suavizar asperezas y despertar entre ambos pueblos simpatías amortiguadas por la guerra de emancipación, pero no muertas, por fortuna; viendo acogidos siempre mis esfuerzos en pro de nuestros intereses comunes con cariñosa solicitud y coronados al fin mis deseos con el éxito de una reconciliación oficial, afectuosa y sincera, durante el período de vuestra primera administración, por tantos conceptos memorable, he creído que os corresponde de derecho la dedicatoria de mi modesta producción, fruto espontáneo, aunque débil, de mi ya cansada lira, no sólo por las cualidades personales que en vos concurren y por la amistad con que me habéis favorecido, sino por ser, con primer magistrado de esa República, su más digno representante.

Sin mirar las imperfecciones de mi pobre poema, que son muchas, y atendiendo sólo al sentimiento que lo ha inspirado, dignaos aceptarlo como compañero y maestro en el cultivo de las bellas letras, con la benevolencia con que lo ha juzgado la Sociedad Colombina, y presentarlo en mi nombre al pueblo cuyos destinos fuisteis llamado a dirigir, como una prueba de mi estimación fraternal y de mi deseo ardiente de que alcance, por vuestra administración sabia y justa, la paz duradera que sus intereses reclaman y el porvenir venturoso a que con razón aspira.

Soy vuestro atento servidor y respetuoso amigo,

José María Gutiérrez de Alba.

Madrid, Septiembre de 1885.

INTRODUCCIÓN

¿Qué sordo rumor se escucha?
Son las torres almenadas
De los castillos feudales,
Que se derrumban, y aplastan,
Con sus señores altivos,
Los privilegios de casta.
Al brillar los resplandores
Del claro día que avanza,
Eleva el siervo la frente,
La Humanidad se levanta,
Y libertad y justicia
En altas voces proclama.
Brújula, pólvora, imprenta
Son poderosas palancas,
A cuyo potente impulso,
Rotas y desmoronadas,
Van cayendo las barreras
Que a la luz niegan la entrada,
Y por bellos horizontes
El genio tiende sus alas.
Mientras que el Norte agitado
Emprende ruda batalla
Contra el poder que limita
Las expansiones del alma,
Y en nuevo rumbo al Oriente
Van las naves lusitanas,
La Cruz y la Media Luna
Su lucha tremenda acaban

Ante las fuertes almenas
De la morisca Granada.

CANTO I

Un loco

Cuando ya de Boabdil el poderío
Su término fatal mira cercano,
Y entre el marcial estruendo crece el brío
Del indomable ejército cristiano,
Y ve ya el porvenir negro y sombrío,
En pos de su derrota, el africano,
Y entre el ronco clamor sólo se escucha
La voz de ¡muerte! en la tremenda lucha,

En el campo, terror del agareno,
Con la carta de un fraile por fianza,
Un hombre humilde, de ilusiones lleno,
Y en cuyos ojos brilla la esperanza,
A la corte del Rey llega sereno;
Audiencia pide, y cuando al fin la alcanza,
Ante él y ante la Reina de Castilla
Así dice, doblando la rodilla:

«Allá, muy lejos, donde el sol sepulta
Su luz entre las sombras y el misterio,
Dicen que el mar al hombre dificulta
Llegar con rumbo fijo a otro hemisferio;
Pero es que la verdad aun está oculta
De ignorancia y temor bajo el imperio.
Yo os vengo a demostrar que es mi destino
Abrir a ignotas tierras el camino.»

Y ostentando un papel, en que trazados
Estaban con estudio detenido,
Y por su propia mano señalados,
Los límites del mundo conocido,
Lo extendió ante los Reyes admirados,
Y con acento grave y convencido
Así les explicaba el fundamento
De su extraño y sublime pensamiento:

«Que es redonda la tierra que habitamos,

Todo nos lo demuestra claramente:
El monte que a lo lejos divisamos,
El barco que se acerca diligente,
El sol que en el ocaso saludamos
Y que vuelve a asomar en el Oriente,
Todo, por más que el hombre no se explica
Como un prodigio se verifica.

«Pues bien: entre esas mares ignoradas
Mi propia convicción me esta diciendo
Que hay tierras habitables y habitadas
Que la divina luz están pidiendo.
Túvolas Dios para mi fe guardadas;
Esas tierras, señor, hallar pretendo;
Y si mi ardiente fe no es ilusoria,
Mío el triunfo será, vuestra la gloria.

»Al sol siguiendo siempre en su camino,
La tierra encontraré quizás cercana.
Que no está muy distante, lo imagino
Por lo que hay de la tarde a la mañana.
Nunca será el esfuerzo del marino
Trabajo inútil ni su empresa vana;
Pues si no hallo la tierra al Occidente,
Nuevo rumbo abriré para el Oriente.»

El Fanatismo y la Ignorancia.
¡Nunca en delirio mayor
Se invocó de Dios el nombre!
Si no está loco ese hombre,
Es un mísero impostor.

La Envidia y la Avaricia.
¡Promesas, siempre promesas!
Lo de todo aventurero.
¡No tiene el Rey su dinero
Para tan locas empresas!

La Caridad cristiana.
Es hacer a Dios ultraje
Humillar su criatura,
Nunca supo la impostura
Hablar en ese lenguaje.

Un gran corazón.
¡Basta! si mi tesoro está agotado,

Perlas y oro contiene mi joyel.
No dirán que mezquina he rechazado
Al que todo lo espera de Isabel.
¿Divina inspiración? ¿Noble locura?
La empresa es grande; ¡Confianza en Dios!
Si el éxito es feliz, gloria segura;
Si es sólo un sueño... soñaremos dos.

Al escuchar el acento
De aquella voz conmovida,
Quedó la maldad rendida,
El Genovés cobró aliento,

Y ante la Reina de hinojos,
Y a despecho de los sabios,
Posó en su mano los labios
Y la regó con sus ojos.

Después, con el alma llena
De la fe que atesoraba,
Corrió donde lo aguardaba
Fray Juan Pérez de Marchena,

Que desde su celda obscura
Los obstáculos venció,
Y alas al genio prestó
Para su grande aventura.

CANTO II

Palos.

En un puerto escondido y solitario
Del Atlántico mar, donde las ondas
Nunca movieron poderosas naves,
Sino pobres barquillas pescadoras,
Se mecen tres humildes carabelas,
En las que fijan su mirada atónita
Los más bravos e intrépidos marinos
Que jamás se espantaron de las olas.
A cruzar los convida un extranjero
Mares nunca surcados, que a remotas
Playas conducen, donde todo brinda
Oro y placeres y envidiable gloria.

Aunque en la noble frente de aquel hombre
Ven relucir del genio la aureola,
Y firme convicción en sus palabras,
Y fuego en su mirada triunfadora,
Es tan grave el peligro, que en el pecho
Sólo cabe el temor que los asombra.

El miedo.

¿Quién, desafiando al cielo,
La inmensidad cruzará,
Sin saber si volverá
A pisar el patrio suelo?

¿Quién podrá ser nuestro guía
En un mar nunca surcado?
Si se engaña el desdichado,
¡Ay! ¿quién salvarnos podría?

Vaya solo el extranjero
A gozar tanta ventura.
Su empresa es una locura,
Y yo seguirle no quiero.

El genovés.
Solo... ¡cobarde temor!
Y en marinos... ¡cosa extraña!
¿Es posible que en España
Falten hombres de valor?

Dos hermanos.
No, ¡vive Dios! Si atrevida
Es tu empresa, cual ninguna,
¡Dispón de nuestra fortuna
Y dispón de nuestra vida!

En España hay corazones
A quienes no espantarán
Peligros: contigo irán
Los dos hermanos Pinzones.

Y un grito de frenético entusiasmo
En la playa arenosa retumbó;
El ardor varonil siguió al marasmo,
Y el miedo para siempre se ahuyentó.

Levóse el ancla; hincháronse las velas;
La insignia al viento comenzó a ondear,
Y las tres animosas carabelas
Desaparecieron en el ancho mar.

CANTO III

Augurios.

Antes de que la quilla en mar ignoto
Deje marcada luminosa estela,
Un golpe rudo del airado Noto
Choca contra una débil carabela.
A la voz de «¡Avería, el timón roto!»
El de menos valor se desconsuela;
Mas Colón a las islas Fortunadas
Hace rumbo con velas desplegadas.

Remediado ya el mal, al Occidente
Con firmeza y tesón guían las proras,
Empújalos la brisa dulcemente
Difundiendo esperanzas seductoras,
Pero hay quien en su pecho el temor siente,
Y contando los días y aun las horas,
Juzga en peligro próximo su vida,
Y ansía volver al punto de partida.

Lejos, muy lejos, las veleras naves
Soledad espantosa van cruzando;
Cada vez los peligros son más graves
Y van los más valientes desmayando.
Vense con raudo vuelo algunas aves,
Que las inquietas olas van rozando,
Y todos les envidian con tristeza
Sus alas e incansable ligereza.

«¡Como prueba de audacia, ya es bastante!»
Algunos gritan en feroz tumulto.
De aventurero audaz y de ignorante
Le tachan otros. El terror oculto,
Fingiéndose prudencia, en el semblante
Asoma de los más; pronto el insulto
De la amenaza seguirá la huella;

Pero contra el valor todo se estrella.

«¡Adelante! -Colón les grita airado,
Con voz segura, despreciando el reto,-
Tendremos pronto el triunfo deseado;
En el nombre de Dios os lo prometo.»
Y quién en la promesa confiado,
Quién por vago temor, quién por respeto,
Callan; pero los días presurosos
Van siendo cada vez más angustiosos.

Inmensa es la distancia recorrida,
Y el débil leño sin cesar avanza.
¡El viento fijo, la virtud perdida
De la brújula! ¡Adiós toda esperanza!
-«¡Perezca el ambicioso, el homicida!
Sepúltelo en el mar nuestra venganza!-
Gritan- y si a la patria al fin volvemos,
Que él despechado se arrojó, diremos.»

Un hombre solo, en tan tremenda lucha,
Pronto a la muchedumbre sucumbiera;
Mas su fe es grande y su constancia mucha;
Tres días nada más pide de espera:
La multitud, atónita le escucha;
De su genio el poder al fin impera,
Y la turba ignorante alborotada
A su voz se somete resignada.

El plazo va a espirar. La luz del día
Apaga entre las ondas sus fulgores:
Todo lo envuelve oscuridad sombría,
Y el sueño va endulzando los dolores;
Pero Colón, en tanto, descubría
Confusos y movibles resplandores,
Y una sombra indecisa en lontananza,
Que reanimó en su pecho la esperanza.

De pié en la popa, con afán creciente,
Aquella extraña luz mira asombrado:
¡No brilla como estrella refulgente!...
¡Se agita sin cesar de uno a otro lado!...
«¡Es tierra!» exclama en su entusiasmo ardiente.
«¡Tierra! repite el eco alborozado;
Y al grito aquel, enérgico y fecundo,
Rásgase un velo y se despierta un mundo.

CANTO IV

Maravillas.

Cuando asomó la suspirada aurora,
Lanzando alegre sus primeros rayos,
Y de la noche el misterioso velo
Sus negros pliegues ocultó en ocaso,
Empezó a dibujarse entre la bruma
El perfil indeciso y dentellado
De una empinada sierra, luego, el bosque,
Y al fin la playa y el extenso llano.
Los audaces marinos, que a su jefe
Con exigencias mil atormentaron,
El perdón de su falta, arrepentidos,
Con lágrimas imploran, y no en vano;
Que el placer predispone a la indulgencia,
Y es Colón tan dichoso, que, olvidando
Las pasadas injurias, los recibe
Como padre amoroso entre sus brazos.

El sol, del horizonte desprendido,
Alzose refulgente en el espacio,
Y las tres carabelas a la playa
Fuéronse poco a poco aproximando.
¡Qué espectáculo aquel! El bosque umbrío,
De gigantescos árboles formado,
Con vistosas palmeras que a las nubes
Levantaban sus trémulos penachos,
Las cabañas pajizas, sombreadas
Por las hojas de espléndidos bananos,
Las aves, simulando con sus plumas
Esmeraldas, zafiros y topacios,
O llenando las selvas de armonía
Con su tierno, amoroso y dulce canto,
Las flores de bellísimas corolas,
El aire, por su aroma perfumado,
El transparente, nítido arroyuelo,
Entre doradas guijas murmurando,
Y los grupos de indígenas desnudos,
Con vistosos plumajes adornados,
Y joyas de oro, y caprichosos dijes,
Y largas flechas y robustos arcos,

Pero no en son de guerra, sino todos
Con sonrisa benévola en los labios,
De admiración profunda poseídos,
Sin muestra alguna de temor ni espanto,
Formaban un conjunto, cual si fueran
Las delicias de un sueño realizado.

Ante aquel espectáculo sublime,
por tanta maravilla impresionados,
Los marinos postráronse de hinojos
Y al Hacedor Supremo tributaron
De gratitud y amor himno ferviente,
Que es de las almas el perfume santo.
Después, el Almirante, en un esquite
Por algunos guerreros tripulado,
Llegó a la playa, y desplegando al viento
De Castilla el pendón, que iba en su mano,
Señor se proclamó de aquellas tierras
En nombre de Isabel y de Fernando.

Ignorante el indígena sencillo
De la gran trascendencia de aquel acto
Para él incomprensible, al extranjero
Con infantil cariño agasajando,
Despojose para él de sus adornos;
Recibíole en su hogar como a un hermano,
Sin sospechar la suerte miserable
Que le aguardaba de su amor en pago.

Cuando los navegantes recogieron
Muestras de los productos más preciados,
Oro que con su brillo deslumbrase
La codicia voraz del cortesano,
E inocentes indígenas que dieran
Testimonio del éxito alcanzado,
Con el lauro en la frente el rumbo toman
Del suspirado hogar, pero luchando
Con furiosas y horribles tempestades,
Y de inmensos peligros rodeados,
Hasta que al fin de Dios la Providencia,
Sus fervorosos ruegos escuchando
Y de tanta amargura condolida,
Les permitió pisar el suelo patrio,
Que enajenados de placer bendicen
Y enternecidos riegan con su llanto.

Difundida la nueva del regreso,
Y el espléndido triunfo divulgado,
Por todas partes su valor pregonan,
Por todas partes suenan los aplausos;
Los pueblos enloquecen de alegría,
La corte se electriza de entusiasmo,
Y mientras que la envidia y la ignorancia
Aguzan su puñal envenenado,
Y las naciones con asombro escuchan
De la admirable empresa el fiel relato,
El loco graba su glorioso nombre
Donde el mundo jamás podrá borrarlo.

CANTO V

Palmas y olivas.

Llena está de regocijo
La ciudad de Barcelona:
De gala viste la corte;
Elegantes banderolas
En bellos arcos de triunfo
Del viento impelidas flotan;
Colgaduras de damasco
Con guirnaldas primorosas
Entre tapices flamencos
Calles y plazas adornan;
No cabe en ellas la gente
Que por doquiera se agolpa;
Las damas y caballeros
Que a los balcones se asoman,
Sobre aquella muchedumbre
Lluvia de flores arrojan,
Y las músicas marciales,
Y la vibración sonora
De las campanas a vuelo,
Que sin cesar alborotan,
Llenan los extensos ámbitos
De la ciudad bulliciosa.
Sobre un tablado cubierto
De riquísimas alfombras
Se eleva un soberbio trono
En que, con brillante pompa,
Van a recibir los Reyes

Al que, en apartada zona,
Halló para España un mundo
Y un templo para su gloria.

Cuando los regios consortes
Subieron la plataforma,
Y el alto trono ocuparon
Entre la lucida escolta
De sus apuestos guerreros,
Las damas esplendorosas
Y los prelados insignes
De la religión católica,
A una señal de Fernando,
Abriendo calle anchurosa
Por las apiñadas turbas
Que a su paso se amontonan,
Llegó Colón con su séquito,
Que entre dos filas custodia
Los indios ataviados
Con sus plumas y sus joyas,
Los extraños animales
Y los presentes que abonan
La exuberante riqueza
De aquellas tierras remotas.

Apenas las gradas sube,
Con la frente respetuosa
Descubierta, y a las plantas
De los monarcas se arroja,
Estos le tienden los brazos,
Y con frases cariñosas
Cubrirse ante ellos le mandan
Y que allí un sitial le pongan.
El público entusiasmado,
Ante prueba tan notoria
De estimación, lanza un grito
Unánime, en que rebosa
La gratitud a sus Reyes
Porque aquel premio le otorgan.

Ya sosegado el bullicio
Y la plaza silenciosa,
Colón, sentado a la diestra
De las reales personas,
Con voz grave y reposada
Narró de su empresa heroica

Los asombrosos detalles
Que nos refiere la Historia.
Los Monarcas admirados
Al marino ilustre honran
Con títulos y mercedes,
Y ordenan que sin demora,
Para una expedición nueva,
Estén muchas naves prontas,
Y que, de Colón al mando,
Tomen la misma derrota.

Satisfecho el Almirante,
Acude al punto a la costa
Para activar los aprestos;
Pero una mano traidora,
La del encono y la envidia,
Que contra él lucha en las sombras,
A hacerle sentir empieza
Sus espinas ponzoñosas.

Colón a Isabel acude;
Y si bien su protectora
Aparta con energía
Los estorbos que amontonan
Cortesanos humillados,
Que en contrariarle se gozan,
Quédanle como enemigos
La vileza y la lisonja,
Que del Rey la suspicacia
Contra él sin piedad explotan.

CANTO VI

La calle de la Amargura.

Tan pronto como en alas de la Fama
El nombre de Colón glorioso vuela,
Y de aquellas fantásticas regiones
Se admira la abundancia y las riquezas,
Bajo un cielo purísimo guardadas,
Y entre seres humanos, que aún conservan,
Con un carácter apacible y grato,
El candor infantil de la inocencia,
Acuden a las naves presurosos

Los hombres de aventuras, que no encuentran
Ya en el suelo español la vida fácil
Por falta de disturbios y de guerra:
Los que abominan del trabajo honroso,
Hidalgos con orgullo y sin hacienda,
Cuantos la honrada sociedad rechaza
Y del crimen o el vicio se alimentan.

Con aquella avalancha de perdidos
Y de avaros, sin Dios y sin conciencia,
Pronto el débil indígena, agobiado
Del esclavo infeliz por la cadena,
Víctima de ambiciones insaciables,
Y huyendo del castigo y de la afrenta,
Busca en airada muerte su refugio
O en el fragor de la intrincada selva.

El alma de Colón, honrada y pura,
Contra tantos desmanes se subleva,
Y remedio eficaz pide a la corte,
Antes que la maldad todo lo pierda.
En tanto, los que enfermos y abatidos
Sufren las desastrosas consecuencias
De su dura crueldad, de su lascivia,
Su punible abandono o su pereza,
Culpan de su desgracia al Almirante,
Porque el abuso corregir intenta,
Y a los amigos que en la corte tienen
Con dádivas acuden y promesas,
Para que los liberten del tirano
Que todo lo trastorna y atropella.

Estos, que, aborreciendo las virtudes
Del caudillo leal, tan sólo piensan
En poder abatirlo y humillarlo,
A los Reyes acuden con presteza,
Y claman contra el ruin advenedizo
tantos caballeros causó ofensa.

Obtenida la orden de que al punto
El mando deje y a Castilla vuelva,
Y nombrado al efecto un enemigo
Que ocupe su lugar, y que sin tregua
A embarcarse lo obligue, la perfidia
De aquellos desalmados se completa.

Vuelve Colón a atravesar los mares,
Pero no ya como la vez primera:
Vuelve, no como el héroe victorioso
A quien el premio y el aplauso esperan,
Sino como un malvado a quien el crimen
A tormentos durísimos condena;
¡Con grillos en los pies, que lo quebrantan,
Y que a sus propios ojos lo avergüenzan!...

En vano el capitán que lo custodia,
Y su bondad y su virtud respeta,
De aquella infamia libertarlo quiere.
-«¡Jamás! -exclama- A la real presencia
Llegaré como estoy, encadenado,
Para que, al contemplarme, se envanezcan
Mis enemigos fieros e implacables
Del gran poder con que en mi daño cuentan,
Y para que estos hierros que me abruman,
Dando así a mis servicios recompensa,
Si no en la voluntad del que lo manda,
Puedan pesar siquiera en su conciencia!»

Cuando aquella figura venerable
De tal modo a los Reyes se presenta,
Fernando, de rubor enrojecido,
Con frase entrecortada balbucea
Palabras que, aunque expresan su disgusto
Por tamaño rigor, no lo condenan.
Isabel, más sensible, y más piadosa,
Al noble anciano en su dolor consuela;
Llora con él, y en filial abrazo
Con efusión purísima lo estrecha;
Manda arrancarle al punto aquellos hierros
Que más que al Almirante a ella la afrentan;
Quiere arrojarlos, mas Colón replica
Que aquel recuerdo conservar desea
Cual remedio eficaz contra el orgullo,
Si alguna vez avasallar lo intenta.

El marino, una vez justificado,
Pide que en desagravio le devuelvan,
Por honor de su título y su nombre,
Lo que en pacto solemne le ofrecieran,
Y que no como deuda de justicia,
Sino como merced, rendido impetra.

La Reina, que al anciano generoso
Tierna y profunda estimación profesa,
Complacerle promete en su demanda;
Pero el Rey, suspicaz, le dice: «Espera.»

CANTO VII

El Gólgota.

En una lóbrega estancia
Desmantelada y obscura,
Entre los vagos reflejos
De una luz ya moribunda
Sobre un lecho miserable
Que la pobreza denuncia,
Cuya cabecera adornan
En lugar de colgaduras
Unos grillos con cadena
Que una acción infame acusan,
Un noble y modesto anciano,
De venerable figura,
Enrojecidos los ojos
Que el acerbo llanto inunda,
Enflaquecidos los miembros,
La frente llena de arrugas,
Secos los cárdenos labios,
Ronca la voz e insegura,
Así exclama entre sollozos
Que sólo otro anciano escucha:
-«¡Espera! ¡espera!... ¡Y el tiempo
Corrió... entre mortales dudas!
¡Esperé... y todo fue en vano!
¡Cayó Isabel en la tumba,
Y el astro de mi esperanza
Ya ni calienta ni alumbra!
¡Esperar... cuando la roca
No puede ablandarse nunca!
¡Pero ya es tarde! ¡muy tarde!
¡Mis pobres ojos se anublan!...
¡Siento el frío de la muerte
Que por mis venas circula!
¡Frío... y hambre... y abandono...
Y de esas cadenas duras
El peso... y la infamia... en pago

De un mundo!... ¡Aciaga fortuna!

.....

¡Adiós, vanidades locas,
Tercas y estériles luchas
Por alcanzar las miserias
Que la paz del alma truncan!
Riquezas... ¡qué poco valen!
¡Honores... qué poco duran!

.....

¡Mi hijo!... ¡mi patria!... ¡mi nombre!
¡Ya mi protectora augusta
Me llama! ¡Isabel... espera!
No temas que yo no cumpla
Mi palabra... ¡Tus virtudes
Serán ante Dios mi ayuda!

.....

¡Fernando!... Yo le perdono.
¡Dios mío: mi voz escucha!
¡Perdón!... ¡perdón!... ¡Ya es la hora!...
¡Que tu voluntad... se cumpla!!!»

Y al decir estas palabras
Con voz trémula y confusa,
Voló su espíritu al cielo,
Patria de las almas justas.

CANTO VIII

El Tabor.

Como síntesis del ser
Que todo progreso encierra,
Fue su destino en la tierra
Trabajar y padecer.

Grande fue su adversidad,
Como grande su destino:
Abrir un ancho camino
A la humana actividad.
En su obra de redentor
Fue, al cumplirla, necesario
Que pasara su calvario
Para subir al Tabor;
Y ese respeto profundo,

Con que evocáis su memoria,
Es un rayo de su gloria
Que está iluminando el mundo.